

Mi amigo y yo



El zumbido de las profecías

por José Alfonso Garre

Introducción

En un rincón olvidado del mundo, donde el zumbido de las abejas se entrelaza con el murmullo del viento, Iñaki y José compartían algo más que una amistad: compartían un pequeño apiario, un santuario de vida y dulzura. Aquella tarde, el sol se filtraba entre las hojas de los árboles, dibujando sombras danzantes sobre la piel curtida de los dos amigos. El aire estaba impregnado del aroma cálido y embriagador de la miel fresca, ese olor que siempre lograba despertar en ellos una mezcla de calma y asombro.

Iñaki, con su camisa de cuadros arremangada y su sombrero de apicultor ligeramente ladeado, inspeccionaba una colmena con la precisión de un relojero. Sus manos expertas se movían con cuidado, como si cada abeja fuera una joya frágil que debía proteger. A su lado, José observaba en silencio, sosteniendo un ahumador que despedía pequeñas nubes de humo blanco. A diferencia de Iñaki, José tenía una mirada más introspectiva, casi perdida en

pensamientos que parecían ir más allá del apiario.

—¿Sabes? —dijo José finalmente, rompiendo el silencio—. Mi abuelo solía decir que las abejas son las guardianas de secretos antiguos. Que en su zumbido hay mensajes que solo los atentos pueden descifrar.

Iñaki sonrió mientras colocaba un cuadro lleno de miel en su lugar. Había escuchado muchas historias de José sobre su abuelo, un hombre que parecía haber vivido más vidas de las que el tiempo podía contener.

—Tu abuelo y sus misterios —respondió Iñaki con un tono cálido—. Pero dime, ¿qué secretos podrían guardar estas pequeñas criaturas? Yo solo veo trabajo duro y organización impecable.

José se encogió de hombros, pero sus ojos brillaron con un destello peculiar.

—Quizá no sea lo que guardan, sino lo que presienten. Mi abuelo decía que las abejas sienten los cambios antes que nosotros. Que

cuando el mundo está a punto de cambiar, ellas lo saben.

El comentario quedó suspendido en el aire por unos segundos, como una nota musical que se niega a desaparecer. Iñaki se enderezó y miró a su amigo con curiosidad.

—¿Cambios? ¿Qué tipo de cambios?
—preguntó.

José bajó la mirada hacia el ahumador en sus manos, como si buscara las palabras adecuadas entre las volutas de humo.

—Cambios grandes —respondió finalmente—. Mi abuelo hablaba de las 70 semanas de Daniel, de profecías antiguas que anuncian un tiempo de alianzas y rupturas. Decía que estamos cerca de ese momento, cuando todo lo que conocemos podría transformarse.

Iñaki soltó una pequeña risa nerviosa, pero no pudo evitar sentir un leve escalofrío recorrer su espalda. Había algo en la voz de José, una mezcla de convicción y melancolía,

que hacía difícil descartar sus palabras como simples fantasías.

—Bueno —dijo Iñaki, intentando aligerar el ambiente—, si las abejas saben algo sobre esas profecías, espero que nos lo digan antes de que sea demasiado tarde.

José no respondió de inmediato. En cambio, levantó la vista hacia el cielo, donde el sol comenzaba a descender, tiñendo el horizonte de tonos anaranjados y rosados.

—Quizá ya lo están diciendo —murmuró—. Solo tenemos que aprender a escuchar.

La conversación quedó ahí, flotando entre ellos mientras continuaban con su trabajo. Pero algo había cambiado. Las palabras de José parecían haber abierto una puerta invisible, y aunque ninguno lo mencionó en voz alta, ambos sintieron que esa tarde no era como cualquier otra.

Cuando el sol finalmente se ocultó y las primeras estrellas comenzaron a brillar, los dos amigos se sentaron en un tronco cercano

para descansar. El zumbido constante de las colmenas era ahora un telón de fondo tranquilizador, casi hipnótico.

—No sé —dijo Iñaki después de un rato—. A veces pienso que la apicultura es más que una pasión para nosotros. Es como si nos conectara con algo más grande. Algo... no sé cómo explicarlo.

José asintió lentamente.

—Es porque lo hace —respondió—. Las abejas no son solo insectos; son símbolos. Representan comunidad, equilibrio... pero también fragilidad. Si ellas caen, nosotros también lo haremos.

Iñaki lo miró fijamente. Había algo en esas palabras que resonaba profundamente dentro de él, aunque no podía explicarlo del todo.

—¿Y qué hacemos con eso? —preguntó—. ¿Cómo enfrentamos algo tan grande?

José sonrió por primera vez en toda la tarde, una sonrisa pequeña pero llena de significado.

—Hacemos lo que siempre hemos hecho: cuidamos nuestras colmenas. Cuidamos lo que podemos cuidar. Cuidamos de nuestras familias, cuidamos de nuestros amigos. Pero también abrimos los ojos y el corazón para entender lo que viene.

La noche avanzó lentamente, y los dos amigos continuaron hablando bajo el cielo estrellado. Sus palabras iban y venían como olas en la orilla, tocando temas tan diversos como la apicultura moderna, las enseñanzas del abuelo de José y las extrañas coincidencias entre las profecías antiguas y los tiempos actuales.

Sin embargo, ninguno podía prever lo que estaba por venir. Porque aquella conversación no era solo una reflexión casual; era el comienzo de algo mucho más grande. Sin saberlo, Iñaki y José estaban a punto de ser arrastrados a un viaje que pondría a prueba no solo su amistad, sino

también su fe y su capacidad para enfrentar lo desconocido.

Esa noche, mientras se despedían y cada uno regresaba a su hogar, el apiario quedó envuelto en un silencio casi reverente. Pero si alguien hubiera estado allí para escuchar con atención, habría notado algo extraño en el zumbido de las abejas. Era como si sus pequeñas voces estuvieran tratando de decir algo... algo importante.

Y así comenzó todo: con dos amigos, un apiario perdido en el tiempo y un zumbido lleno de secretos aún por descubrir.

Capítulo 1:

El Susurro de las Abejas

*“En la danza del néctar, la sabiduría se encuentra
en el silencio del zumbido.”*

El aire estaba impregnado del dulce aroma de la miel, como si la naturaleza misma quisiera darles la bienvenida a una jornada más en el apiario. Iñaki y José caminaban entre las colmenas, rodeados por el zumbido constante de las abejas, un sonido que, para ellos, era sinónimo de vida. Aquel rincón del mundo, escondido entre colinas verdes y árboles frondosos, parecía un refugio donde el tiempo transcurría con otra cadencia, más pausada, más sabia.

Iñaki llevaba su tablet en una mano y el termo con café en la otra. Había pasado buena parte de la noche anterior investigando nuevas tecnologías para mejorar el manejo de las colmenas. José, en

cambio, sostenía un viejo ahumador de latón que había pertenecido a su abuelo. Las marcas de uso en el metal hablaban de generaciones dedicadas al cuidado de las abejas, un legado que él llevaba con orgullo.

"José, mira esto," dijo Iñaki con entusiasmo, mostrando la pantalla de su tablet. "Este software no solo monitorea la temperatura y la humedad dentro de las colmenas, sino que también puede predecir cambios en el comportamiento de las abejas. Es como tener un oráculo digital."

José sonrió con indulgencia mientras encendía el ahumador. "Es impresionante, no lo niego. Pero las abejas llevan millones de años adaptándose al mundo sin necesidad de tablets ni sensores. Mi abuelo siempre me decía que el verdadero arte de la apicultura está en aprender a observarlas, en entenderlas como si fueran una extensión de nosotros mismos."

"Eso es cierto," admitió Iñaki, inclinándose para ajustar la entrada de una colmena. "Pero también creo que la tecnología puede

ser una herramienta para protegerlas. Por ejemplo, este sistema me avisa si hay signos tempranos de enfermedades. Es como anticiparse al problema antes de que sea demasiado tarde."

José asintió lentamente, aunque no parecía del todo convencido. "Es útil, claro. Pero hay cosas que no puedes medir con números. Mi abuelo decía que cada zumbido tiene un significado. Si escuchas con atención, puedes saber si están contentas, si están trabajando bien o si algo las inquieta."

Iñaki lo miró con curiosidad. Había oído hablar del "lenguaje" de las abejas, pero nunca lo había considerado tan literal. "¿De verdad crees que se puede entender tanto solo escuchándolas?"

"Te lo demostraré," dijo José con una sonrisa traviesa. Se acercó a una colmena y se inclinó hacia ella, cerrando los ojos como si estuviera afinando su oído a una melodía lejana. "Hoy están tranquilas," murmuró después de unos segundos. "El flujo de néctar debe ser bueno."

Iñaki no pudo evitar reírse. "¿Y qué harás cuando las abejas empiecen a usar Wi-Fi? ¿También escucharás sus correos electrónicos?"

José se unió a su risa mientras le daba una palmada en el hombro. "Cuando llegue ese día, tal vez te pida prestada tu tablet."

Conforme avanzaba la mañana, ambos amigos trabajaban codo a codo, cada uno aportando su propio enfoque al cuidado de las colmenas. Iñaki no podía evitar maravillarse ante la precisión con la que las abejas organizaban su microcosmos. Todo tenía un propósito: las obreras recolectaban néctar y polen con diligencia; los zánganos cumplían su función específica; y la reina, majestuosa y serena, era el corazón palpitante de aquella pequeña sociedad.

"Es curioso," comentó Iñaki mientras observaba a las abejas entrar y salir de una colmena. "Ellas tienen un sistema tan estructurado, tan eficiente. Cada una sabe exactamente lo que debe hacer. ¿No te

parece que podríamos aprender algo de ellas? Tal vez la humanidad debería funcionar así."

José se detuvo un momento para reflexionar. "Es cierto que tienen mucho que enseñarnos," dijo finalmente. "Pero también hay una diferencia importante. Las abejas trabajan juntas porque saben que su supervivencia depende de ello. Nosotros, en cambio, muchas veces actuamos como si pudiéramos vivir aislados unos de otros."

Iñaki asintió, sintiendo el peso de esas palabras. Había algo profundamente simbólico en el trabajo de las abejas: una lección sobre comunidad, solidaridad y equilibrio que parecía especialmente relevante en aquellos tiempos inciertos.

"¿Crees que estamos en un punto de inflexión?" preguntó Iñaki después de un rato en silencio. "A veces siento que el mundo está cambiando tan rápido que es difícil saber hacia dónde vamos."

José levantó la vista hacia el cielo despejado. "Mi abuelo solía hablarme de las profecías antiguas," dijo con voz pausada. "Decían que habría momentos en los que la humanidad tendría que elegir entre el egoísmo y la unidad. Si elegimos mal... bueno, ya sabes lo que pasa con una colmena que no trabaja en armonía."

Las palabras resonaron en el aire como un eco distante, dejando a ambos amigos sumidos en sus pensamientos. El zumbido constante de las abejas parecía ahora un recordatorio del delicado equilibrio que sostenía no sólo a sus colmenas, sino también al mundo entero.

Cuando el sol comenzó a descender en el horizonte, tiñendo todo con tonos dorados y anaranjados, Iñaki y José se sentaron bajo un árbol para descansar. La jornada había sido productiva, pero lo más valioso no habían sido los avances tecnológicos ni las técnicas tradicionales: había sido el intercambio de ideas, la conexión entre dos formas distintas —pero complementarias— de entender el arte de la apicultura.

"Tal vez deberíamos encontrar un punto medio," sugirió Iñaki mientras bebía un sorbo de café. "Un equilibrio entre lo antiguo y lo nuevo. Podríamos usar la tecnología para facilitar nuestro trabajo, pero sin perder esa conexión intuitiva con las abejas."

José sonrió ampliamente. "Eso sería lo ideal. Así no solo estaríamos cuidando nuestras colmenas, sino también aprendiendo a cuidar del mundo que nos rodea."

Ambos amigos rieron ante la ironía de sus propias palabras: dos apicultores reflexionando sobre el destino del planeta mientras limpiaban sus herramientas llenas de cera y propóleo.

Cuando finalmente se despidieron del apiario, caminaron juntos por el sendero que los llevaba de regreso al pueblo. El aire fresco de la tarde estaba cargado con una sensación de posibilidad, como si aquel día no solo hubiera sido una jornada más en el campo, sino el comienzo de algo más grande.

Las lecciones de las abejas seguirían guiándolos —en sus colmenas y en sus vidas— como un hilo invisible que conectaba pasado y futuro, tradición e innovación, hombre y naturaleza.

Y así, bajo el cielo teñido por los últimos rayos del sol, Iñaki y José dejaron atrás las colmenas por hoy, sabiendo que el verdadero arte no estaba solo en cuidar a las abejas, sino en aprender lo que ellas tenían que enseñarles sobre cómo vivir mejor juntos.

Capítulo 2

El Crepúsculo de las Profecías

"En el zumbido de las abejas, se entrelazan los destinos de la humanidad y el eco de lo divino."

El crepúsculo pintaba el cielo con tonos de ámbar y carmesí, mientras un viento suave acariciaba los campos que rodeaban el apiario. Las colmenas, alineadas como pequeños bastiones de vida, vibraban con la actividad incansable de las abejas. José e Iñaki, dos amigos inseparables, se habían instalado sobre un tronco desgastado, acompañado por el crujir de las hojas secas bajo sus botas. Era un lugar familiar para ellos, un rincón donde las conversaciones profundas fluían como el néctar en primavera.

José, con los ojos fijos en el horizonte, rompió el silencio. "Iñaki, hay algo que he

estado queriendo compartir contigo. Algo que lleva días rondando mi mente."

Iñaki, siempre curioso, giró la cabeza hacia su amigo. "¿Qué es? ¿Otra idea loca sobre las abejas o algo más misterioso esta vez?"

José rió suavemente, pero su expresión pronto se tornó seria. "Es sobre la profecía de las 70 semanas de Daniel. ¿Has oído hablar de ella?"

Iñaki negó con la cabeza, intrigado. "No, pero suena a algo grande. Cuéntame."

José tomó aire, como si estuviera preparando las palabras adecuadas para algo importante. "Es una profecía bíblica que habla de periodos de tiempo determinados por Dios. Según los estudiosos, estas semanas simbolizan años y marcan eventos trascendentales para la humanidad. Algunos creen que estamos cerca de vivir el último capítulo de esa profecía."

El ceño de Iñaki se frunció ligeramente. "¿Y qué tiene que ver eso con nosotros? ¿O con el presente?"

La profecía de los 70 años de Daniel es un enigma que ha cautivado a estudiosos y creyentes durante siglos. Se encuentra en el libro de Daniel, capítulo 9, y está envuelta en un aura de misterio, cargada de simbolismo y significado profético. Pero para desentrañar su esencia, debemos viajar al corazón de la historia, al contexto mismo que dio forma a esta revelación.

Corría el siglo VI a.C., y el pueblo judío se encontraba en el exilio en Babilonia, un período oscuro de desarraigo y desesperanza. Jerusalén había caído, el Templo había sido destruido, y la nación estaba sumida en una profunda crisis espiritual. Fue en este escenario de desolación que Daniel, un hombre de fe y visión, recibió una palabra celestial. Según la profecía, setenta semanas –un código que muchos interpretan como 490 años– estaban determinadas sobre el pueblo y la ciudad santa para cumplir con un propósito divino:

erradicar la iniquidad, traer justicia eterna y ungir al Santo de los Santos.

Pero las semanas no transcurren de manera lineal. Aquí yace uno de los mayores misterios: una interrupción. La profecía señala que después de 69 semanas, el Mesías sería "cortado", un evento que muchos vinculan con la crucifixión de Jesús. Y entonces, el tiempo parece detenerse. El reloj profético queda suspendido, como si el destino mismo del mundo estuviera atado a la fe y las decisiones del pueblo judío.

¿Por qué esta pausa? Algunos sostienen que se debe al rechazo del Mesías por parte de Israel; otros creen que es una prueba divina, un espacio para que la humanidad contemple sus caminos antes del cumplimiento final. Las circunstancias históricas parecen entrelazarse con los designios celestiales: la diáspora judía, la destrucción del Segundo Templo en el año 70 d.C., y el largo peregrinaje del pueblo elegido a través de los siglos.

La última semana, la septuagésima, permanece como un susurro en el horizonte del tiempo, un capítulo aún por escribirse. Se dice que será un período de tribulación y revelación, donde las fuerzas del bien y del mal chocarán en una batalla final. ¿Cuándo llegará ese momento? Nadie lo sabe con certeza. Pero la profecía nos recuerda que el tiempo no es solo una medida cronológica; es también un instrumento divino que se despliega según los misteriosos propósitos del Creador.

Así, la profecía de Daniel sigue siendo un faro en la penumbra, una invitación a reflexionar sobre el destino, la fe y los insondables caminos del universo.

José con un brillo en los ojos continuó: "Hay quienes piensan que la última semana de la profecía podría comenzar en enero de 2025. Y no es coincidencia que justo en esa fecha se hable de la expansión del BRICS."

Iñaki ladeó la cabeza, intentando conectar los puntos. "¿BRICS? ¿Te refieres a esa alianza de países emergentes? Brasil, Rusia,

India, China y Sudáfrica... ¿Qué tiene eso que ver con Daniel?"

José asintió lentamente. "Exacto. Piensa en esto: el BRICS está ganando fuerza como un bloque económico y político que desafía el dominio occidental. Si esa alianza se expande y gana más poder, podría cambiar el equilibrio global. Algunos creen que este cambio podría ser una señal del cumplimiento de la profecía."

Iñaki entrecerró los ojos, reflexionando. "Entonces, según tu teoría, lo que pase con el BRICS podría tener repercusiones no solo políticas, sino también espirituales."

"Algo así," dijo José, inclinándose hacia adelante. "Es como si estuviéramos en un tablero de ajedrez gigante. Cada movimiento cuenta, y las piezas se están posicionando para algo grande."

El zumbido constante de las abejas llenaba el aire mientras ambos amigos procesaban las palabras. Iñaki, siempre dispuesto a encontrar conexiones inesperadas, recordó

algo que había aprendido recientemente sobre sus compañeras aladas.

"Sabes," dijo finalmente, "esto me recuerda a las abejas. Cuando sienten que su colmena está amenazada, se organizan de inmediato. No importa si son obreras o guardianas, todas trabajan juntas para defender su hogar."

José levantó una ceja, intrigado por la analogía. "¿Quieres decir que el BRICS podría actuar como una colmena?"

"Exacto," respondió Iñaki con entusiasmo. "Piensa en ello: cada país es como una abeja con un rol específico. Juntos pueden ser una fuerza formidable, pero también hay un riesgo. Si se sienten demasiado amenazados o actúan impulsivamente, podrían volverse agresivos."

José asintió lentamente, dejando que las palabras de Iñaki se asentaran en su mente. "Es una buena comparación. Las alianzas son como colmenas: fuertes cuando están

unidas, pero también vulnerables a los conflictos internos y externos."

"Y no olvides," añadió Iñaki, "que cuando las abejas atacan en masa, pueden causar daño... pero también pueden autodestruirse si no tienen cuidado."

El comentario dejó a José pensativo. "La historia está llena de ejemplos así," dijo finalmente. "Alianzas formadas para protegerse terminan en guerras porque pierden de vista su propósito original. Pero también hay esperanza en la cooperación genuina. Si estas naciones encuentran un terreno común, tal vez puedan evitar el conflicto."

El sol se hundía lentamente detrás de las montañas, bañando el paisaje en tonos dorados y púrpuras. Iñaki miró a su alrededor, observando cómo las sombras se alargaban sobre el terreno.

"Me pregunto," dijo en voz baja, "si la humanidad será capaz de encontrar ese

equilibrio del que hablas. Defenderse sin perder su esencia... es un desafío enorme."

José sonrió con calidez. "Es cierto. Pero creo que tenemos mucho que aprender de la naturaleza. Las abejas no solo sobreviven; prosperan porque saben colaborar incluso en tiempos difíciles."

"Tal vez," sugirió Iñaki mientras se rascaba la barbilla pensativamente, "la clave esté en recordar que todos estamos conectados. Como las abejas en una colmena o los países en este mundo cada vez más pequeño."

José asintió con firmeza. "Así es. Y aunque los desafíos sean grandes, siempre hay espacio para la esperanza si trabajamos juntos."

Por un momento, ambos amigos permanecieron en silencio, dejando que el canto lejano de los grillos y el susurro del viento llenaran el espacio entre ellos. Había algo profundamente reconfortante en esa conexión compartida, en saber que incluso

frente a lo desconocido podían apoyarse mutuamente.

Finalmente, Iñaki se levantó y estiró los brazos hacia el cielo teñido de estrellas nacientes. "Bueno, compañero," dijo con una sonrisa juguetona, "si vamos a enfrentarnos al destino del mundo y a las profecías bíblicas, creo que necesitamos cenar primero."

José rió con ganas y también se puso de pie. "Tienes razón. Ningún gran cambio global se enfrenta con el estómago vacío."

Con ese pensamiento ligero pero cargado de significado, ambos amigos caminaron hacia la casa cercana, dejando atrás el apiario iluminado por la tenue luz del crepúsculo. Mientras avanzaban, sabían que su amistad era más fuerte que cualquier profecía o desafío global.

Y quizás, solo quizás, esa conexión humana —tan simple y poderosa como la danza de las abejas en su colmena— era la verdadera clave para enfrentar lo que viniera después.

Capítulo 3

Ecós de Inquietud en el Claro

"En el laberinto de la existencia, cada paso es una pregunta y cada silencio, una respuesta por descubrir."

El aire en el claro parecía más denso de lo habitual, como si los árboles que lo rodeaban contuvieran la respiración, atentos a la conversación que José e Iñaki sostenían. La tarde se había teñido de un gris melancólico, y el canto de los pájaros había cedido a un inquietante silencio. Era como si la naturaleza misma intuyera la gravedad del tema que ocupaba a los dos amigos.

"¿Te has puesto a pensar en lo que pasaría si algo le ocurriera al Papa Francisco?" preguntó José, con la mirada perdida en el suelo cubierto de hojas secas. Su voz, normalmente cálida y jovial, sonaba ahora

como un eco lejano, cargado de preocupación.

Iñaki levantó la vista, sorprendido por el tono de su amigo. “No lo había pensado... ¿Por qué lo dices?” Su curiosidad estaba teñida de una ligera inquietud, como quien teme conocer la respuesta.

José suspiró profundamente antes de responder. Según las profecías de San Malaquías, después de Francisco no hay más Papas en su lista. Si el Papa faltara, un nuevo cónclave podría no ser suficiente para mantener unida a la Iglesia. Imagínate: divisiones internas, disputas ideológicas... Podría ser el principio de algo mucho más oscuro. Una persecución religiosa como no hemos visto en siglos. En la profecía de Daniel a mitad de la semana se produce la “Abominación de la desolación” Pudiera ser que alguien no querido por Dios se siente en la silla de Padro.

El rostro de Iñaki palideció ligeramente. “Eso suena... aterrador. Sería para mitad del año 2028, ¿no? La historia está llena de ejemplos

de cómo la ausencia de un líder puede desatar el caos. Pero... ¿crees que algo así podría pasar ahora? ¿En este tiempo?"

José lo miró directamente a los ojos, con una intensidad que hizo que Iñaki sintiera un escalofrío recorriéndole la espalda. "El miedo es un arma poderosa, Iñaki. Y en tiempos de incertidumbre, la gente busca culpables. Siempre ha sido así. Si las cosas se salen de control, podríamos ver cómo el miedo se convierte en odio, y el odio en violencia."

El claro parecía haberse oscurecido aún más, como si las palabras de José hubieran convocado una sombra invisible que ahora se cernía sobre ellos. Iñaki intentó sacudirse esa sensación y buscó algo positivo que decir.

"Pero también hemos aprendido mucho como humanidad, ¿no? Quiero decir, hemos pasado por guerras, persecuciones y divisiones antes. Tal vez esta vez podamos reaccionar de manera diferente."

José esbozó una sonrisa triste. "Quiero creer eso, pero la historia tiene una forma cruel de repetirse cuando menos lo esperamos. Mira a las abejas, por ejemplo." Señaló un pequeño panal colgado de una rama cercana. "Cuando sienten que su colmena está amenazada, no piensan. Atacan. Es instintivo."

Iñaki observó el panal con atención, recordando las veces que había visto a las abejas lanzarse en un torbellino frenético contra cualquier intruso. "Es cierto... pero también trabajan juntas con una precisión increíble cuando no están bajo amenaza. Construyen algo hermoso y funcional. Quizás deberíamos aprender más de ellas."

José asintió lentamente, como si las palabras de su amigo hubieran encendido una chispa en su mente. "Tienes razón. Las abejas son un buen ejemplo de colaboración... pero también de cómo el miedo puede nublar el juicio. La humanidad tiene esa misma dualidad: somos capaces de grandes cosas cuando trabajamos juntos, pero también de terribles actos cuando nos dejamos llevar por el miedo."

El viento sopló suavemente entre los árboles, llevando consigo el aroma fresco de la tierra húmeda. Iñaki tomó una ramita del suelo y comenzó a girarla entre sus dedos mientras reflexionaba.

“Quizás,” dijo finalmente, “el problema no es el miedo en sí mismo, sino cómo lo manejamos. Si logramos reconocerlo sin dejar que nos controle, tal vez podamos evitar el desastre.”

José lo miró con admiración. Siempre había valorado la capacidad de Iñaki para encontrar luz incluso en los momentos más oscuros. “Eso es sabio,” admitió. “Pero no será fácil. En tiempos de crisis, la gente tiende a buscar soluciones rápidas y simples... y esas soluciones casi siempre implican señalar culpables.”

“Entonces,” respondió Iñaki con determinación, “tenemos que ser nosotros quienes recordemos a los demás que hay otra forma. Que podemos elegir la

colaboración sobre la división, la paz sobre el conflicto.”

José sonrió por primera vez desde que había comenzado la conversación. “Eres un idealista, Iñaki... y eso es algo bueno. Necesitamos más personas que piensen como tú.”

Ambos amigos quedaron en silencio por un momento, dejando que sus pensamientos fluyeran como el arroyo cercano cuya corriente apenas se escuchaba entre los árboles. Era un silencio lleno de significado, como si las palabras no fueran necesarias para entenderse.

“¿Sabes?” dijo José finalmente, rompiendo la quietud con un tono más ligero. “Tal vez deberíamos empezar por nosotros mismos. Ser ese ejemplo del que hablas.”

Iñaki rió suavemente. “¿Y qué propones? ¿Que formemos una colmena humana?”

José se echó a reír también, aliviando la tensión que había dominado el claro hasta entonces. “Algo así... pero sin agujones.”

Ambos rieron juntos, sintiendo cómo la pesadez del momento comenzaba a disiparse. El sol logró abrirse paso entre las nubes grises, iluminando el claro con una luz cálida y dorada.

“Es curioso,” dijo Iñaki mientras se levantaba del tronco donde estaba sentado. “A veces basta con hablar para encontrar un poco de claridad.”

José asintió y también se puso de pie. “Es cierto. Y creo que necesitamos muchas más conversaciones como esta en el mundo. Tal vez así podamos evitar caer en la desolación.”

Con un renovado sentido de propósito, los amigos comenzaron a caminar hacia el sendero que los llevaría de regreso al pueblo. El claro quedó atrás, pero sus palabras permanecieron flotando en el aire, como una promesa silenciosa de esperanza.

Mientras avanzaban entre los árboles, José miró a Iñaki con una sonrisa cómplice y dijo: "¿Sabes? Si alguna vez escribo un libro sobre todo esto, voy a llamarlo 'El zumbido de las profecías'. Tú serás mi protagonista."

Iñaki rió con ganas y le dio una palmada en el hombro. "Trato hecho... pero solo si me das crédito por las ideas brillantes."

Y así caminaron juntos hacia el horizonte, dejando atrás las sombras del miedo y llevando consigo una pequeña pero poderosa luz: la certeza de que incluso en los momentos más oscuros, siempre hay espacio para elegir la esperanza sobre la desesperación y la unidad sobre la división.

El bosque los despidió con el susurro del viento entre las hojas, como si también él creyera en su misión: ser faros de paz en un mundo que tanto lo necesitaba.

Capítulo 4

El Último Susurro de la Esperanza

"En tiempos de oscuridad, la luz de la fe puede ser el faro que nos guíe hacia un nuevo amanecer."

Abril de 2029. El mundo se había convertido en un lugar oscuro y hostil. Las noticias de la mañana hablaban de guerras económicas que arrasaban países enteros, de la caída del dólar como moneda de referencia, sustituido por el implacable yen chino. Estados Unidos, antaño la gran potencia mundial, se hundía en una recesión sin fondo, mientras Europa era un mosaico de ruinas y desolación. El hambre se extendía como una sombra implacable, y las persecuciones contra cualquiera que osara desafiar al gobierno mundial eran cada vez más brutales. Para los creyentes, aquellos que aún guardaban en su interior la chispa de la fe, vivir era un acto

de resistencia. Muchos eran masacrados, sus voces silenciadas para siempre bajo el eco de consignas que recordaban a un pasado no tan lejano: "La religión, el opio del pueblo".

Pero se acercaba una promesa inscrita en los cielos. Las noticias sobre la colisión de dos asteroides habían recorrido el mundo, despertando tanto esperanza como inquietud. José e Iñaki, amigos de toda la vida, se reunían como de costumbre en aquel pequeño claro rodeado de árboles, un refugio donde la naturaleza parecía susurrar secretos ancestrales.

El aire olía a tierra húmeda y hojas frescas, y el canto de los pájaros se mezclaba con el murmullo de un arroyo cercano. José, con los ojos fijos en el cielo despejado, rompió el silencio.

—Dicen que será un evento único, algo que no se ha visto en siglos. Pero una explosión ¿no tendrá consecuencias para la Tierra? Algunos piensan que podría traer un despertar de conciencias.

Iñaki, sentado sobre una roca cubierta de musgo, frunció el ceño.

—"Despertar de conciencias". Suena poético, pero también inquietante. Probablemente también traiga algún meteorito sobre nuestras cabezas. Y esto no suena nada poético. La gente tiende a interpretar estas cosas según sus propias creencias. Algunos lo verán como una señal de esperanza, pero otros... Bueno, ya sabes cómo somos los humanos.

José asintió con una leve sonrisa.

—Es cierto. La historia está llena de ejemplos de cómo reaccionamos ante lo desconocido. Un evento como este podría unirnos o dividirnos aún más. Todo depende de cómo lo enfrentemos.

Iñaki recogió una ramita del suelo y comenzó a dibujar círculos en la tierra húmeda.

—Es como las abejas —dijo tras unos segundos—. Cuando sienten un cambio en su entorno, algunas se agitan y otras trabajan juntas para adaptarse. Nosotros no somos tan distintos.

José lo miró con curiosidad.

—¿Crees que podríamos aprender algo de las abejas?

—Claro que sí —respondió Iñaki, levantando la vista—. Ellas saben que su supervivencia depende de la colaboración. Cada una tiene un propósito, un papel que desempeñar dentro de la colmena. Tal vez este evento sea nuestra oportunidad para reflexionar sobre eso: sobre nuestro propósito como individuos y como comunidad.

El día tan esperado llegó con una claridad inusual. El cielo, limpio y vasto, parecía un lienzo preparado para un artista cósmico. Al caer la noche, el claro se llenó de personas que habían oído hablar del fenómeno y querían ser testigos de algo extraordinario. Familias enteras, parejas jóvenes y ancianos con bastones se reunieron bajo las estrellas, compartiendo termos de café y mantas para contrarrestar el frío.

José e Iñaki se encontraban allí, inmersos en la multitud, contemplando cómo una inmensa cruz azul se formaba en el cielo. Las

luces celestiales brillaban con una intensidad casi mágica, danzando como si coreografiaran un mensaje para aquellos que sabían mirar más allá.

De repente, todo se paralizó. No se oía nada; el tiempo pareció congelarse. Cada persona sintió el peso del juicio de su espíritu, confrontando su vida con la misión para la que había sido concebida. Todos lloraban amargamente al darse cuenta de cómo habían arruinado sus vidas al vivir de espaldas al Creador.

Esa noche, todos regresaron en silencio a sus casas, y ese silencio se mantuvo casi una semana. Los medios de comunicación comenzaron a difundir que lo ocurrido había sido una hipnosis colectiva, afirmando que no había ningún juez detrás de nosotros. Sin embargo, muchos no soportaron la presión y decidieron quitarse la vida. Fue un antes y un después: algunos cambiaron el rumbo de sus vidas, mientras que otros, llenos de odio, arremetieron contra quienes pensaban que los juzgaban sin derecho. Las persecuciones y ejecuciones se intensificaron.

José e Iñaki sintieron amenazada su vida y la de los suyos. Se retiraron junto con otras familias a un caserio cercano al colmenar, era un antiguo monasterio en Belmonte.

Capítulo 5

El Milagro de Garabandal: Renacimiento de la Esperanza

*"A veces, la luz más brillante surge del corazón de la
oscuridad, recordándonos que la fe puede
transformar lo imposible en posible."*

El año 2030 llegó como una brisa fresca después de una larga tormenta. Era un tiempo en el que el mundo clamaba por esperanza, por algo que iluminara los corazones cansados. Y entonces, como un rayo de luz en la penumbra, las noticias comenzaron a circular: un milagro había ocurrido en Garabandal. Un pequeño pueblo en las montañas del norte de España, que hasta entonces había sido apenas un susurro en los libros de historia religiosa, se convertía en el epicentro de algo extraordinario.

José e Iñaki, se encontraron una vez más en su claro favorito, un rincón en medio del bosque donde los árboles susurraban secretos y el aire olía a tierra mojada. Allí habían compartido sueños, temores y reflexiones durante años. Pero esta vez, su conversación tenía un matiz diferente, uno que vibraba con la promesa de lo divino.

—¿Te has enterado? —preguntó Iñaki, con los ojos brillando como si hubiera descubierto un tesoro escondido—. En Garabandal... dicen que las curaciones son reales. Personas que no podían caminar ahora corren; otros que estaban ciegos ven el mundo por primera vez.

José, siempre más reservado, asintió mientras recogía una hoja seca del suelo y la giraba entre sus dedos. Sus ojos oscuros reflejaban la luz del sol que se filtraba entre las ramas.

—Lo he escuchado —dijo finalmente—. Pero me pregunto... ¿qué significa todo esto? ¿Es solo para quienes creen? ¿O hay algo más grande detrás?

José se inclinó hacia adelante, como si estuviera a punto de revelar un secreto importante.

—No lo sé, amigo. Pero creo que esto va más allá de lo que podemos entender. Es como la miel. ¿Sabes? Dulce, pegajosa... transforma la vida de las abejas y también la nuestra. Tal vez este milagro sea eso: algo para endulzar nuestras almas y recordarnos lo que hemos olvidado.

Iñaki sonrió ante la metáfora, pero su mente seguía analizando.

—¿Y qué pasa con los escépticos? —preguntó—. Siempre habrá quienes digan que esto es un truco, una casualidad o incluso una manipulación. ¿Cómo enfrentamos eso?

José se encogió de hombros y miró hacia el cielo, donde un par de aves cruzaban el horizonte.

—La fe es personal —respondió—. Lo que para ti puede ser un milagro, para otro es solo coincidencia. Pero no creo que importe tanto convencer a los demás. Lo importante es cómo estas cosas nos transforman por dentro.

Hubo un momento de silencio entre ellos, roto solo por el canto lejano de un pájaro. Iñaki dejó caer la hoja y se recostó contra el tronco de un árbol.

—Sabes —dijo después de un rato—, he visto personas enfrentarse a enfermedades terribles. Algunas no sanaron físicamente, pero encontraron algo más valioso: paz. Una especie de fortaleza interior que les permitió seguir adelante.

José asintió con entusiasmo.

—Eso es exactamente lo que pienso. Este milagro no es solo sobre curaciones físicas; es sobre esperanza. Sobre recordar que incluso en los momentos más oscuros hay algo que puede iluminar nuestro camino.

La conversación fluyó como un río tranquilo, tocando temas profundos sin perder la calidez que siempre había caracterizado su amistad. Hablaron de espiritualidad, de comunidad y de cómo los momentos extraordinarios podían unir a las personas.

—Deberíamos ir a Garabandal —sugirió Iñaki de repente, rompiendo el hilo pausado de sus pensamientos.

José levantó una ceja, intrigado.

—¿En serio? ¿Crees que deberíamos?

—Sí —respondió Iñaki con convicción—. No solo para ver lo que está pasando allí, sino para sentirlo. Para ser parte de esa energía colectiva, de esa fe compartida. Tal vez podamos aprender algo... o incluso ayudar a otros a encontrar lo que buscan.

José sonrió ampliamente, como si esa idea hubiera estado esperando en su corazón todo el tiempo.

—Me gusta cómo piensas —dijo—. Ve con tu familia y llévame en tu corazón ante la Reina. Yo rendiré honores desde nuestro cenobio. La salud no me acompaña, el trayecto es peligroso, y siento su presencia en mi corazón sin necesidad de la cercanía física. ¿No lo sientes tú también?

- Iñaki instistia: "Podríamos invitar a otros también. Imagínalo: un viaje no solo físico, sino espiritual. Algo que nos conecte con los demás y con nosotros mismos.

El sol comenzaba a descender, tiñendo el cielo de tonos cálidos que parecían pintar el bosque con pinceladas doradas y naranjas. Había una quietud en el aire, pero no era la del final del día; era la calma antes de algo grande, algo transformador.

—¿Sabes? —dijo Iñaki mientras observaba cómo las sombras se alargaban sobre el suelo—. Creo que este milagro es más que un evento aislado. Es una invitación. Una llamada a mirar hacia adentro y preguntarnos qué realmente importa.

José lo miró con admiración.

—Tienes razón —dijo—. Como las abejas trabajan juntas para crear miel, nosotros también debemos trabajar juntos para cultivar nuestra fe y nuestra humanidad. Este milagro podría ser el inicio de algo mucho más grande... un cambio real en cómo vivimos y nos relacionamos.

El viento sopló suavemente entre los árboles, como si estuviera aprobando sus palabras. Los dos amigos se quedaron allí un rato más, dejando que sus pensamientos se asentaran como hojas flotando en un lago tranquilo.

Cuando finalmente se despidieron, lo hicieron con una sonrisa y una promesa tácita: este no era el final de su conversación, sino el principio de algo nuevo. El milagro de Garabandal no era solo sobre curaciones o revelaciones; era una chispa destinada a encender fuegos en los corazones de quienes estaban dispuestos a escuchar.

Y así, con los primeros destellos de las estrellas iluminando el cielo nocturno, José e Iñaki emprendieron el camino de regreso a casa, sabiendo que pronto estarían en un viaje mucho más profundo: uno hacia la fe, la esperanza y la conexión humana.

Porque al final del día, como había dicho José, la fe no siempre necesita pruebas tangibles; a veces basta con creer en la posibilidad de lo extraordinario. Y eso era exactamente lo que Garabandal les ofrecía: una oportunidad para abrir sus corazones al milagro de lo posible.

Capítulo 6

El Mensajero: Renacimiento de la Tierra

"A veces, el caos es el preludio de un nuevo orden, recordándonos que cada final es solo el comienzo de una nueva oportunidad."

El año 2032 llegó como un susurro de advertencia, cargado de incertidumbre. Un asteroide bautizado como "El Mensajero" surcaba el espacio, acercándose a la Tierra con una precisión inquietante. En el claro del bosque, donde los árboles susurraban secretos al viento, Iñaki y José se reunieron como tantas veces antes, pero esta vez sus rostros reflejaban algo más profundo: una mezcla de temor y esperanza.

—¿Crees que esto sea el castigo del que tanto se ha hablado? —preguntó Iñaki, mientras su mirada se perdía entre las estrellas que empezaban a titilar en el cielo.

José, con sus manos callosas descansando sobre un tronco caído, alzó la vista hacia el firmamento. —Quizá no sea un castigo, sino una oportunidad. A veces la naturaleza necesita un respiro, una forma de sacudirse el polvo y empezar de nuevo. Tal vez este asteroide sea su manera de recordarnos que hemos olvidado escucharla.

Iñaki asintió lentamente, como si las palabras de su amigo despertaran algo que ya intuía. —Las abejas lo saben bien. Cuando una tormenta destruye su colmena, no pierden tiempo lamentándose. Se organizan, trabajan juntas y reconstruyen. Quizás nosotros debamos aprender de ellas.

Mientras hablaban, las noticias del asteroide se extendían como un fuego incontrolable. Las calles se llenaron de pánico, pero también de voces que clamaban por unidad y transformación. Algunos rezaban, otros reflexionaban en silencio, y unos pocos se aferraban a una esperanza casi olvidada: que este evento, por catastrófico que pareciera, pudiera traer consigo un renacer.

El impacto llegó en una noche sin luna. El cielo se iluminó como si el sol hubiera decidido aparecer en medio de la oscuridad. La Tierra tembló en un grito profundo y ancestral, y durante unos instantes todo quedó en silencio. Luego, el caos dio paso a algo inesperado.

Las temperaturas descendieron por debajo de los 50 grados bajo cero, y el polvo dejado por la cola del asteroide se comportaba como un ácido corrosivo, consumiendo todo a su paso. En medio de este caos, se produjo un vuelco en los polos magnéticos, y los mares, embravecidos y furiosos, transformaron la faz de la Tierra, creando un paisaje desolador.

Sin embargo, tras tres días de oscuridad profunda, un cambio monumental tuvo lugar. Como en la resurrección del Hijo de Dios, la Tierra entera vibró con una nueva energía, elevándose a una frecuencia más alta. Todos aquellos que lograron sobrevivir fueron elevados junto con la naturaleza misma,

formando una conexión renovada con el universo.

Cuando la luz del día regresó, los sobrevivientes no encontraron ruinas ni desolación total. En lugar de ello, el mundo había cambiado de forma inexplicable. Los desiertos áridos ahora eran praderas verdes salpicadas de flores silvestres. Los mares, antes grises y contaminados, brillaban con un azul tan puro que parecía irreal. Los árboles se alzaban majestuosos, como si hubieran estado esperando este momento para reclamar su lugar.

Iñaki y José caminaron entre este nuevo paisaje con los ojos abiertos de par en par. —Es un milagro —susurró José, mientras sus dedos rozaban las hojas de un árbol que parecía recién nacido.

—Más que un milagro —respondió Iñaki—. Es una segunda oportunidad. La Tierra nos ha mostrado lo que puede ser si aprendemos a cuidarla. Ahora nos toca decidir qué haremos con este regalo.

Pronto se encontraron con otros sobrevivientes, hombres y mujeres que miraban el mundo con la misma mezcla de asombro y gratitud. Juntos comenzaron a organizarse, no por necesidad de supervivencia, sino por el deseo genuino de construir algo mejor. La antigua forma de vida, marcada por el consumo desmedido y la desconexión con la naturaleza, parecía ahora un recuerdo lejano, casi absurdo.

—Debemos aprender a vivir como las abejas —dijo Iñaki en una reunión bajo las estrellas—. Ellas entienden que cada miembro tiene un papel esencial en la colmena. Si trabajamos juntos, si cuidamos este nuevo hogar con amor y respeto, podremos prosperar.

Inspirado por su amigo, José propuso la creación de un consejo comunitario donde todos tuvieran voz. —En una colmena no hay jerarquías egoístas —dijo con firmeza—. Cada abeja aporta algo único para el bien común. Así debemos ser nosotros.

La idea fue recibida con entusiasmo, y pronto las comunidades comenzaron a florecer como jardines bien cuidados. La tierra era cultivada con respeto; los ríos eran venerados como arterias sagradas del planeta; los animales eran vistos como compañeros en lugar de recursos. Las personas redescubrieron la alegría en lo simple: una comida compartida al atardecer, una canción cantada junto al fuego, una caminata bajo los árboles.

Con el tiempo, algo más profundo comenzó a ocurrir. La conexión entre los humanos y la naturaleza se intensificó hasta niveles que antes habrían parecido imposibles. Era como si la Tierra misma respondiera al cambio en los corazones de sus habitantes. Los campos daban cosechas abundantes; los animales parecían menos temerosos; incluso el aire tenía un aroma más dulce.

En una de las muchas festividades que se organizaron para celebrar esta nueva vida, Iñaki tomó la palabra frente a su comunidad. —Hemos sido bendecidos con algo único —dijo mientras miraba los rostros iluminados

por las antorchas—. Pero no debemos olvidar que esta bendición viene con responsabilidad. No podemos permitirnos repetir los errores del pasado.

José tomó su mano y añadió: —El camino no será siempre fácil, pero juntos podemos superarlo todo. Como las abejas en su colmena, debemos recordar que nuestra fuerza está en nuestra unidad.

Las palabras resonaron en los corazones de todos los presentes, y esa noche las estrellas parecieron brillar con más intensidad.

Con el paso de los meses, nuevas tradiciones nacieron para honrar esta segunda oportunidad: festivales llenos de música y danza donde se agradecía a la Tierra por su generosidad; ceremonias donde se plantaban árboles para celebrar nacimientos o recordar a los que se habían ido; reuniones comunitarias donde cada decisión se tomaba con cuidado y respeto mutuo.

Iñaki y José seguían caminando juntos por este nuevo mundo, observando cómo sus

sueños tomaban forma poco a poco. Una tarde, mientras contemplaban el horizonte desde una colina cubierta de flores silvestres, Iñaki habló en voz baja: —A veces pienso en lo cerca que estuvimos de perderlo todo.

José asintió y respondió con una sonrisa tranquila: —Y es precisamente por eso que ahora sabemos cuánto vale lo que tenemos.

El viento sopló suavemente entre ellos, llevando consigo el aroma del futuro: un futuro lleno de esperanza, construido sobre las lecciones del pasado y alimentado por el amor hacia la Tierra y hacia los demás.

Y así continuaron adelante, como las abejas en su colmena, trabajando juntos para proteger su hogar y asegurarse de que este nuevo mundo floreciera para generaciones venideras. Porque habían entendido al fin que la verdadera riqueza no está en poseer, sino en cuidar; no en acumular, sino en

compartir; no en dominar, sino en vivir en armonía con todo lo que les rodea.

El sol se ocultó tras las montañas mientras ellos regresaban al pueblo con corazones llenos de gratitud. Y aunque sabían que aún habría desafíos por delante, también sabían que juntos podían enfrentarlos todos. Porque ahora entendían que eran parte de algo más grande: una colmena infinita donde cada vida era esencial para mantener el equilibrio de ese nuevo y hermoso mundo.

La conexión con el Creador comenzó a encenderse progresivamente en los corazones de las personas. Su espíritu, alineado con su alma y su cuerpo, glorificaba al Creador y se ponía a su servicio. Este despertar espiritual transformó la forma en que los seres humanos se relacionaban entre sí y con el mundo que los rodeaba.

En este nuevo orden, todos se preocupaban por todos, como si fueran parte de una gran colmena. En el centro de cada corazón, la Reina reinaba, unificando esfuerzos y distribuyendo tareas a cada individuo según

sus dones particulares. La colaboración y la solidaridad se convirtieron en las piedras angulares de esta nueva sociedad, donde cada uno comprendía que su propósito era vital para el bienestar colectivo.

Así, la humanidad, en su conjunto, comenzó a florecer en un entorno donde la compasión y el amor eran la norma. Las lecciones del pasado resonaban en sus corazones, recordándoles que la verdadera fortaleza radica en la unidad y en el servicio desinteresado hacia los demás.

Capítulo 7

El Zumbido de la Amistad: Lecciones de la Colmena

*"En cada picadura y en cada dulce momento,
encontramos la brújula interna que nos guía
hacia el propósito y la paz."*

El sol se despedía del cielo con pinceladas anaranjadas y rosadas, mientras Iñaki y José se sentaban en el claro que tantas veces había sido su refugio al final de la jornada. Las colmenas, alineadas como pequeñas catedrales de madera, emitían un zumbido constante, casi hipnótico, que llenaba el aire con una sensación de armonía. El aroma dulce de la cera y la miel se mezclaba con el frescor del campo, creando un ambiente que parecía sacado de un sueño.

Iñaki, con el rostro ligeramente tostado por el sol y las manos marcadas por años de trabajo, suspiró profundamente, como si quisiera absorber cada detalle del momento.

"¿Sabes, José?", dijo finalmente, rompiendo el silencio. "He estado pensando mucho en lo que hemos construido aquí. No solo las colmenas o la miel, sino todo esto... nuestra amistad, nuestra forma de entender la vida."

José, siempre más reservado pero no menos reflexivo, sonrió mientras jugueteaba con una ramita entre los dedos. "Es curioso cómo empezamos todo esto casi por accidente. ¿Te acuerdas del primer día? Cuando aquella colmena salvaje nos dio más picaduras que miel."

Ambos rieron al recordar aquella escena caótica: dos hombres inexpertos, corriendo por el campo mientras las abejas los perseguían como diminutos guerreros alados. Era un recuerdo lleno de torpeza pero también de valentía; un inicio que, aunque accidentado, marcó el comienzo de algo extraordinario.

"Sí, lo recuerdo bien," dijo Iñaki, secándose una lágrima de risa. "Pero mira dónde estamos ahora. Cada error nos enseñó algo importante. Cada picadura nos hizo más

fuertes. Y cada día con estas pequeñas criaturas nos mostró algo nuevo sobre nosotros mismos."

José asintió, mirando hacia las colmenas con una expresión casi paternal. "Las abejas son maestras silenciosas. Nos enseñaron sobre la paciencia, la perseverancia y el trabajo en equipo. Mira cómo trabajan juntas, sin egoísmo, cada una cumpliendo su papel para el bien común. Y su trabajo fuera de la colmena sirve para fertilizar la tierra y llenarla de fruto y de vida. Creo que eso es lo que más me inspira."

Iñaki se quedó pensativo por un momento, observando cómo las últimas abejas regresaban a la colmena antes de que la noche las envolviera. "¿Sabes qué es lo más hermoso de todo esto? Que hemos aprendido a escuchar. No solo a las abejas, sino también a la tierra, al viento, al sol... y a nosotros mismos. En este pequeño rincón del mundo, encontramos algo que muchos pasan toda una vida buscando: paz."

José miró a su amigo con una mezcla de admiración y gratitud. "Tienes razón. La apicultura nos dio mucho más que miel. Nos dio el propósito. No olvides nuestra tarea, tenemos que fertilizar la tierra y llenarla de propósito."

El silencio volvió a caer entre ellos, pero no era un silencio vacío. Era un silencio lleno de significado, como si las palabras ya no fueran suficientes para expresar lo que sentían. El sol había desaparecido casi por completo, dejando tras de sí un cielo salpicado de estrellas que comenzaban a brillar tímidamente.

"¿Te has dado cuenta de algo, José?" preguntó Iñaki de repente, señalando hacia el cielo. "Las abejas no necesitan mirar las estrellas para encontrar su camino. Tienen su propia brújula interna, su propia forma de orientarse en el mundo. Creo que nosotros también la encontramos aquí."

José levantó la vista hacia las estrellas y luego volvió a mirar a su amigo. "Sí, Iñaki. Creo que esa brújula se nos ha encendido a

todos en el corazón. Juntos, día a día, con cada sonrisa, con cada abrazo, con cada gesto de amor la mantenemos activa, señalando el norte."

Ambos sonrieron en la penumbra, sintiendo cómo sus palabras resonaban con una verdad profunda. Habían llegado a este punto no solo por su amor por la apicultura, sino también por la fuerza de una amistad que había crecido como una planta robusta en terreno fértil.

"¿Qué crees que nos depare el futuro?" preguntó Iñaki después de un rato.

José se encogió de hombros, pero su sonrisa no desapareció. "No lo sé. Pero creo que estamos listos para lo que venga. Si algo he aprendido de las abejas es que siempre encuentran la manera de adaptarse, de seguir adelante a pesar de los desafíos."

Iñaki asintió lentamente, como si esas palabras hubieran encajado perfectamente en su corazón. "Tienes razón. Y además... no estamos solos. Mientras estemos juntos,

mientras sigamos trabajando con este espíritu, creo que podemos enfrentar cualquier cosa."

La noche ya había caído completamente cuando ambos se levantaron del suelo cubierto de hierba. Las colmenas estaban ahora en silencio, como si también descansaran después de un día lleno de actividad. El aire fresco traía consigo una promesa: la promesa de un nuevo día lleno de posibilidades.

"Bueno," dijo José mientras se estiraba y recogía sus herramientas, "es hora de volver a casa."

"Sí," respondió Iñaki con una sonrisa tranquila. "Pero no olvidemos algo: cada día es una nueva oportunidad para aprender algo nuevo. Y cada pequeño paso cuenta."

Con esa última reflexión compartida entre ellos, comenzaron a caminar hacia el sendero que los llevaría de regreso al pueblo. Sus siluetas se recortaban contra el cielo estrellado, dos figuras unidas por un

propósito común y una amistad inquebrantable.

Mientras se alejaban, el zumbido lejano de las colmenas parecía seguirlos como una melodía suave y constante, recordándoles que la vida es un equilibrio delicado entre esfuerzo y gratitud. Y aunque no sabían exactamente qué les esperaba más adelante, ambos estaban seguros de una cosa: juntos podían enfrentar cualquier desafío.

Así, con el corazón lleno de esperanza y el alma enriquecida por las lecciones aprendidas en ese pequeño rincón del mundo, Iñaki y José se adentraron en la noche, listos para escribir el próximo capítulo de sus vidas.

Y quizás, como las abejas al regresar a su colmena después de un largo día de trabajo, ellos también sabían que siempre habría un lugar al que llamar hogar: no un lugar físico necesariamente, sino ese espacio compartido donde florece la amistad y donde los sueños encuentran alas para volar.

La antigua tierra había caído en el olvido, convertida en una esfera gris e impregnada del aroma de materia orgánica en descomposición. En contraste, la Nueva Tierra se erguía como un remanso de paz, justicia y amor. Ya no existía un templo físico donde adorar a Dios; Él reinaba en el corazón de cada ser humano. Cada persona se reunía con Él, rindiéndole homenaje en espíritu y verdad.

Cova llegó a la acogedora cabaña de su abuelo, donde el aroma del pan recién horneado llenaba el aire. Al abrir la puerta, se encontró con la sonrisa cálida de Papá Pepe.

—¡Hola, abuelo Papá Pepe! —exclamó Cova, sus ojos brillando de emoción.

—¡Hola, mi pequeña Cova! —respondió él—. ¿Qué te trae tan temprano a visitarme?

Cova, con un aire de curiosidad, le dijo:

—Mi mamá me dice que antes teníamos una luna bella y hermosa, y ahora tenemos tres. ¿Sabes por qué?

Papá Pepe, con su mirada sabia y profunda, se inclinó hacia ella y dijo:

—Querida niña, en tiempos pasados, el mundo necesitaba un solo proyector para iluminar su belleza. Pero ahora, hemos entrado en una nueva dimensión, y para capturar toda la maravilla que nos rodea, necesitamos tres proyectores.

Cova frunció el ceño, tratando de entender las palabras de su abuelo. Su mente infantil comenzaba a tejer imágenes de lo que significaban esas tres lunas.

—¿Significa eso que hay más belleza en el mundo? —preguntó, intrigada.

—Así es, pequeña —respondió Papa Pepe—. Cada luna representa una nueva forma de

ver la vida. Una nos muestra el pasado, otra el presente, y la tercera, el futuro. Juntas, nos enseñan que la vida es un ciclo de luz y oscuridad, de esperanza y sueños.

Cova sonrió, sintiendo que cada palabra de su abuelo era un tesoro que guardaría en su corazón. Con el tiempo, entendió que las tres lunas no solo eran un fenómeno celestial, sino también una metáfora de las diferentes etapas de la vida y de cómo cada una trae su propia belleza.

Y así, con el corazón lleno de nuevas ideas, Cova se despidió de Papa Pepe, prometiendo volver pronto para escuchar más historias sobre las maravillas del mundo y las lecciones que la vida tenía para ofrecer.

Este libro es una producción de:

<https://reflexionesparaandarpor.casa/>

Contacto: jagarre@gmail.com

Si te ha gustado el libro agradecemos que dejes un comentario y una valoración en la plataforma donde lo adquiriste

Contraportada:

En un rincón olvidado del mundo, donde el zumbido de las abejas se entrelaza con el murmullo del viento, Iñaki y José descubren que su pequeño apiario es más que un simple refugio: es un santuario de vida y amistad. En medio de la dulzura de la miel y el aroma de la naturaleza, los amigos se enfrentan a revelaciones inesperadas sobre el futuro de la humanidad.

Cuando José comparte las profecías de su abuelo sobre las abejas como guardianas de secretos antiguos, Iñaki se ve arrastrado a un viaje de autodescubrimiento y conexión con el mundo que los rodea. A medida que el zumbido de las abejas se convierte en un eco de advertencia, los amigos deben aprender a escuchar y a interpretar los mensajes del universo.

El Zumbido de las Profecías es una historia cautivadora que explora temas de amistad, esperanza y la fragilidad de la vida. A través de la apicultura, Iñaki y José descubren que el verdadero arte de vivir radica en la colaboración y el cuidado mutuo. Con cada capítulo, se enfrentan a profecías que podrían cambiar el rumbo de la humanidad y aprenden que, en la unidad, reside la verdadera fuerza.

¿Estás listo para escuchar el zumbido de las profecías y descubrir lo que tienen que enseñarte? Acompaña a Iñaki y José en esta travesía donde la miel es solo el principio de una dulce verdad.